



# Y AHORA EL FUEGO

(Viene de pág. anterior)

poseer una superioridad potencial, una superioridad tan temible que el propio miedo dependería del soterrado drama de la política doméstica". (*Voices of Dissent*, Grove Press, 1959). La misma convicción se había ido abriendo camino en el pensamiento —más universalista y racionalista— de Wright pero alcanza su expresión angustiada en el de Baldwin: a consecuencia de su situación histórica el negro ha "llegado a saber más —en un sentido psicológico, profundo y casi mágico— acerca de la vida, que el propio blanco, e incluso, conociéndolo mejor que nadie porque lo ha padecido y sufrido, es el único que puede salvar al blanco de la autodestrucción a la cual se aproxima.

La visión del blanco que nos ofrece Baldwin no es ya aquella que los blancos le reclamaban —odio o humillación— para completar su propia valoración especular. El negro se pregunta ya si desea "realmente ser integrado en una casa en llamas", y llega a comprender que "gran parte de la energía que se emplea en lo que llamamos el problema negro es generada por el profundo deseo del hombre blanco de no ser juzgado por aquellos que no son blancos, de no ser visto tal como es, y simultáneamente, gran parte de la angustia blanca nace de la igualmente profunda necesidad del hombre blanco de ser visto tal como es, de ser liberado de la tiranía le su espejo". Si entendemos esta insólita actitud, —donde se consolida la independencia del negro con respecto a su dominador blanco y por consiguiente se rompe aquel juego de espejos a que el negro quedaba condenado en la obra de Genet— ocurre que sólo los negros son capaces de liberar al blanco, destruyendo la mitología falsa con que se ha aureolado, o sea que la liberación del negro está íntimamente vinculada a la propia liberación del blanco: ya no es éste quien concede el favor de la "integración" racial en nombre del viejo Liberalismo,

sino que reclama, pide ayuda al negro, liberándolo, para que éste pueda liberarlo a él mismo, atrapado como está en la enmarañada falsificación de la sociedad que ha creado.

Baldwin trabaja siempre desde el campo de lo psicológico, y pocas veces establece conexión con lo social. Incluso cuando reniega de toda religión de hombres blancos —todas las formas del cristianismo— subrepticamente se nos muestra sensibilizado por sus valores éticos y lo sorprendemos rescatando esa Biblia que los blancos utilizaron para despojarlos de sus propiedades, al renovar la ley de la caridad. Pero si no ataca las bases económicas de la sociedad blanca norteamericana, es simplemente porque estima que ya ha afectado el centro de la civilización, y que el sector económico es marginal. Mejor se lo entiende en la referencia respectiva al magno esfuerzo comprensivo del problema negro por parte del "norteamericano. Nada lo expresó mejor que la monumental obra de Gunnar Myrdal (*An American Dilemma*, 1944), y tanto en ella como en el útil manual que la condensa (Arnold Rose, *The Negro in America*, The Beacon Press, 1948) toda la planeación integracionista está dirigida a lograr que la incorporación del negro con iguales derechos a la civilización blanca norteamericana sirva para reforzar a ésta, para intensificar ese "american way of life" que fue hecho exclusivamente por el blanco: "los fundamentales cambios en las relaciones raciales en América implicarán un desarrollo progresivo hacia los ideales norteamericanos". Tiene motivo Baldwin para usar del sarcasmo porque esta posición, implícitamente, mantiene la condena esclavista: el negro debe ser reflejo sumiso del blanco y de su creación. No comprendía Myrdal que aceptar la liberación del negro es aceptar su independencia eventual y por lo tanto la transformación que ella debe implicar, necesariamente, en la comunidad blanca norteamericana.